

y realizado *por abajo* en el mayor grado posible.

Lo fenomenal, lo particular, puede ser como Hegesías un tipo en la historia; pero no tipo recomendable desde las cátedras de la Ciencia y la Religión.

Helmholke, psicólogo de la escuela experimentalista, que relaciona á su modo el sujeto que siente, con los objetos sentidos.

Esta relación es indudable *en general*. Lo que se necesita es que la conciba bien cada filósofo en *particular*.

No se la concibe bien, si por uno ú otro camino, se atribuye la *causa* de la función común: ó exclusivamente al objeto sentido, ó exclusivamente al sujeto que siente.

Hay comunidad causal, como hay comunidad de existencia (coexistencia), entre el sujeto y el objeto de toda sensación.

No se pueden someter á un mismo criterio analítico y sintético, como quieren las escuelas asociacionista y psicológica modernas, lo viviente y lo no viviente (físico-químico).

No es igual la asociación de elementos químicos á la asociación de sentir y reflexionar. La primera es producción simple y combinación; la segunda es generación y reproducción generatriz.

Helmont, médico del siglo XVI, que representaba como Paracelso, Cardan y otros, una amalgama de especulaciones matemáticas, positivistas; y de aspiraciones místicas, refundidas en una magia supersticiosa y personal.

En esta doctrina el espíritu divino descendía á la personalidad, y se objetivaba en *argucos* y otros fantasmas, tan frágiles como absurdos, ante el simple sentido común.

Helvecio, político materialista del siglo XVIII.—Sostiene que el único motivo de los actos del hombre es su *interés personal*; y que el secreto para legislar bien, consiste en hacer de modo que al ciudadano le tenga más cuenta cumplir la ley, que infringirla. Si el bien particular—añade—, se confundiera con el público, no habría más viciosos que los locos.

No deja Helvecio de tener razón. Mas conviene advertir, que si en la práctica social *aconseja* al hombre su bien particular; el bien general le *impone* en cambio la *ley* de preferirle en los casos de conflicto; y que el cumplimiento de esta ley suprema, llevado hasta aceptar el sacrificio del bien propio, es lo que más enaltece al individuo y satisfacen su conciencia.

Hembra, del latín *femina*.—La antítesis de varón en la función generatriz.

El elemento *pasivo* que relacionado con el *activo* determina en la práctica las funciones vivientes.

Este elemento pasivo se simboliza por la tierra, madre fecundada por la atmósfera, relativamente indefinida, que en la generación bi-sexual se representa por el sexo masculino.

La generación no necesita estar representada por sexos, vivientes cada cual por separado.

Es, sin embargo, lo más común que así suceda.

Cuando no sucede así, se llama espontánea la generación.

La generación, representada ó no, siempre es una función que implica espontaneidad.

Los sexos masculino y femenino se apeteen mutuamente, como los polos de una aguja imantada, como el sér al no sér y el no sér al sér.

Confluyen en un centro común,

dado el cual se separan nuevamente por su oposición característica.

Heptágono, del griego *heptá*, recto, y *gónos*, ángulo.—Polígono de siete ángulos.

El número siete parece algo cabalístico: primero porque suma tres y cuatro, síntesis positiva (tres), y síntesis positiva y negativa (cuatro); y después porque consta de un impar; término medio relacionado dos veces con extremos correlativos.

Esta *cábala* tiene poco de misteriosa, si se atiende á la relación implicada entre los términos, que tomados cada cual en absoluto serían en efecto verdaderos enigmas.

Heráclito, filósofo del siglo V antes de la era cristiana.—Sin abandonar del todo el criterio objetivista de la escuela jónica, fué el primero que tomó en consideración el *cambio*, consignando explícitamente el *flujo perpetuo de las cosas*. Figura en este concepto como el más lejano antecedente de Hegel.

Dice Heráclito que todo se *muere*, corre, se *hace* todo; que de esta suerte *todo es todo*. El día y la noche, el sueño y la vigilia, la juventud y la vejez, son idénticos entre sí. La arcilla con que se amasan todas las cosas toma á cada instante formas nuevas. Nada es, todo se hace; todo es al mismo tiempo que sí propio lo contrario á sí propio. De la lucha de los contrarios nace la armonía ordenada por Júpiter.

No se separa, sin embargo, de la Física la Metafísica de Heráclito. Según él, si todo cambia, es porque todo se reduce á *fuego*. El mundo no ha sido *creado*; es y ha sido un *fuego eterno viviente*, que se enciende y se apaga según la ley.

Si así como Heráclito *sintió* con ad-

mirable inspiración *el fuego viviente*, hubiera sentido también la relación entre todas las cosas y alcanzado el arte de relacionar modesta y oportunamente; habría llegado por completo al concepto de la ciencia viviente, como llegó á formularla de un modo demasiado embrionario.

Necesitaba Heráclito reconocer: 1.º la necesidad de relacionar sus inspiraciones con la función de pensar (método psicológico); 2.º que el saber es algo, pero no todo; que linda con el ignorar en virtud de la misma ley de lindes que el pensamiento de Heráclito confiesa, y en la cual debe ser el pensamiento mismo del filósofo el primero que aparece comprendido; 3.º que todos los pensamientos relativos á la vida, á ese fuego viviente de que habla, deben aparecer limitados á lo finito aun que lindantes con lo infinito, con lo eterno, vedados á la razón humana fuera de su propio dominio; 4.º que al contar con la identidad de todas las cosas, debe contarse también con su diversidad *correlativa*; 5.º que mientras estemos sumidos en la ignorancia de lo absoluto enfrente de lo relativo, nada podemos decir, sin referirnos á *creaciones* relativas, á *generaciones* más ó menos elevadas en su categoría generatriz desde la yerba del campo hasta un supremo generador, *imaginado* dentro de los límites humanos; 6.º en fin, que procede rehacer toda la doctrina del flujo perpetuo y las demás esparcidas en el campo filosófico; fundiéndolas en molde nuevo y único, que las relacione hábilmente, hasta el punto de comprender en un sistema la función viviente, relacionada con sus dos polos, no vivientes, pero necesarios para ella como condición correlativa.

Herbart, filósofo del siglo XIX, que entre otras consideraciones, se ha fijado en lo que se llama sensibilidad, emoción, sentido, para relacionar los conceptos sugeridos por estas y otras análogas palabras.

Propone Herbart distinguir dos orígenes del concepto discutido; uno en la realidad (objeto), y otro en el estado del sujeto, correlacionados por el sentimiento. Los sentimientos estéticos —dice— proceden: ó bien del modo de combinar las representaciones parciales que los constituyen, ó bien del movimiento de estas mismas representaciones, lo cual constituye la *emoción*.

Lo que Herbart y otros muchos llaman *emociones* y *combinaciones* representativas, es lo que otros llaman pasiones, constituidas como *síntesis* de la *tesis* tendencia y la *antítesis* estado.

Hay estados pasionales, en que reinan ora la alegría, el contentamiento moral ó corpóreo, placer espiritual ó sensual; ora la tristeza, el dolor físico ó moral, y á todo esto, tan variado y tan necesitado de análisis riguroso, se ha llamado vagamente *emoción*.

Claro está que la emoción, como todo, radica en el sujeto consciente y en la realidad correlativa que da cuerpo á la conciencia.

Heredar.—Recibir en herencia.

El hijo hereda de la madre el cuerpo que recibe al cortarse el cordón umbilical.

Pero la transmisión no se completa en el acto en que nace el sér vivo; sino que mientras vive permanece en él *en potencia*.

Esto es decir que puede un individuo reproducir algo de sus antepasados en cualquier época de su vida,

bastándole para ello el cordón umbilical, que, aunque cortado, deja permanente una relación ideal (legal), ya que no real.

El antecesor en la idea (legador) puede realizarse en el sucesor.

En este sentido todos hemos heredado bienes y males, indefinidos en el espacio y definidos sólo históricamente, de las personas unidas por una serie de generaciones. El atavismo es siempre posible, alguna vez probable, nunca ineludible y fatal.

Es la herencia de funciones vitales una consideración, que debe ser tenida en cuenta, y no una ley rebelde á las modificaciones propias de las circunstancias y de los tiempos, divorciada de la autonomía, sin la cual no se concibe al sér viviente.

La herencia de la propiedad externa de cuanto deja en el mundo un hombre al morir, es más discutible que la de la interna.

Sin embargo, constituye un derecho en general, que sólo admite las modificaciones indispensables para la vida social y para su conformidad con la realización del supremo bien.

Herejía, del griego *hairesis*, opinión.—Disentimiento religioso, incompatible con la fe absoluta en una creencia determinada.

Es de advertir que si la fe absoluta y la herejía son incompatibles entre sí, no lo son de igual modo el creyente y el hereje. La garantía de la libertad propia, supone respeto á la ajena; y el reconocimiento de la ignorancia respecto de lo absoluto, es tabla de salvación para todo lo relativo.

Herencia, del sanscrito *haras*, el que recibe.—Transmisión á los vivos de la propiedad de los que mueren. Los seres vivos no necesitan

morir para que les hereden otros seres. Los hijos heredan en vida la vida de sus padres.

El espíritu absoluto no se transmite así; porque para transmitirse algo, sería preciso que este algo fuera determinado, y entonces no se transmitiría lo indeterminado puro.

La transmisión de la propiedad de los padres á los hijos no es sólo posible, sino necesaria.

No se transmite la vida sin transmitir, al menos, la propiedad de un cuerpo embrionario, la cual llega á su grado máximo al cortarse el cordón umbilical.

Hermafrodita, del griego *hermes* y *afrodita*.—Sér que reúne en sí los dos sexos, que otros representan separadamente.

La apariencia exterior de dos sexos en un individuo no supone generación unisexual. Llamar á un sér hermafrodita no equivale á decir que se fecunde á sí propio. Ya será mucho que por el hecho sólo de ser hermafrodita pueda indiferentemente funcionar como polo positivo y como negativo.

Una fecundación del individuo por sí propio viene á ser una forma de su nutrición; la cual realizándose en un apéndice orgánico, puede llegar á convertir este apéndice en un embrión, que se desprenda oportunamente.

Semejante posibilidad se realiza en la experiencia, en casos que ella da á conocer y que constituyen el modo de generación unisexual. Esta forma de generación no pasa de ser una excepción en el reino animal: en el vegetal la vemos á menudo, y se halla muy justificada por la inmovilidad, que condena á la planta á relaciones escasas con sus congéneres en el espacio.

Hermano, del latín *germen*.—Las generaciones sucesivas de unos mismos padres dan nacimiento á hermanos y hermanas, los unos heredan el sexo del padre, y las otras el de la madre.

Hermanos y hermanas se retratan mutuamente; pero en sentido inverso.

Así se realizan *aisladamente* tesis contrapuestas, que sólo son fecundas por su contacto y mutua limitación. Mas esto simboliza elocuentemente la necesidad de la síntesis y la análisis correlativas, para toda producción y sobre todo para la *reproducción específica*.

Hermenéutico, del griego *hermèneúein*, interpretar.—Arte de interpretar el pensamiento de un escritor.

La crítica filosófica no podría ejercitarse legítimamente sin esta interpretación, que exige, ante todo, la concepción del asunto de que se trata, á la misma altura, y en formas iguales, á las que tenía el concepto original.

Esta función hace revivir en cierto modo el pensamiento interpretado en el pensamiento interpretador.

Nada más agradable que considerarse el intérprete solidario de los grandes pensamientos de un sabio antepasado.

Hermético, del griego *hermes* mercurio.—Lo cerrado por su propio cuerpo, de manera que nada exterior se pueda introducir en él.

El mundo inorgánico está herméticamente cerrado á lo indefinido, que le rodea sin penetrar en las *partes* que le constituyen.

Sólo es algo lo indefinido cuando no es *todo indefinido*, sino relación *particular* con *parte* correlativa del mundo inorgánico.

Hermógenes, filósofo de los

tiempos primitivos de la Grecia, que intervino en la discusión del valor de las palabras.

Entre los dos extremos de atribuir á las palabras un sentido necesario y divino, y el de entregarlas á la arbitrariedad absoluta, Hermógenes se inclinó al primero, asentando que cada cosa tiene un nombre exacto, que por su naturaleza le conviene, y no el que los hombres hayan convenido en darle mediante un sonido.

La invención de la palabra, y la conservación de su uso, deben atribuirse á ambos orígenes, más ó menos exagerados uno que otro en cada caso particular.

Dependen los éxitos lingüísticos, como los de toda empresa humana: por un lado de la causalidad (coeficiente indefinido), representada por la inteligencia humana en su labor continua de definir é indefinir; y por otro de la casualidad (coeficiente definido), representable por los cuerpos ú objetos exteriores al sentimiento humano; que es el foco de actividad del *coeficiente indefinido*, correlativo necesario del coeficiente definido.

Hállanse por lo tanto las palabras apadrinadas de tal modo por relaciones de todo género, y por ausencia de relación si se suprime la del objeto con el sujeto que las pronuncia; que nunca basta para entenderlas bien, analizarlas en el sonido ó en la escritura, necesitándose además una feliz inspiración, una verdadera adivinación, que la *experiencia* y la *imperiencia* atenúan más ó menos y nunca logran eliminar del todo.

Hermoso, del latín *formosus*, compuesto de *forma*, y de la desinen- cia abundancial *osus*.—Lo bello, sobre todo en sentido objetivo. Hermoso es el espectáculo de la Naturaleza: bella

es la idea que ante su hermosura formula el pensamiento. Formulada la belleza en el pensamiento, será bello cuanto la realice exteriormente.

Heródico, médico citado por Platón, quien le llamaba *médico sofista*, porque cuidaba mucho de hallar recursos para prolongar la vida de los achacosos y veletudinarios.

Se dijo que con tales recursos había logrado él mismo vivir muchos años, aunque siempre asediado por molestias y padecimientos.

Platón no quería en su república hombres débiles y enfermizos. «Médicos y jueces—decía— han de limitarse á conservar cuerpos sanos y almas sanas. Dejen aquéllos perecer los cuerpos ruinosos, y hagan éstos morir á los malos incorregibles».

En análogas ideas abundó largos siglos después J. J. Rousseau.

Bueno es el respeto y aun la adoración á la ley, sobrepuesta al interés personal; pero bueno es también el sentimiento, que lleva á mirar en el hombre más decaído y aun degradado, el sello augusto que la divinidad puso en su frente, y que aun manchado con impurezas, se mantiene de recuerdos y esperanzas, siempre vivas, de ulterior redención.

Herodoto, historiador antiquísimo, que no por antiguo ha dejado de ser un tipo digno de imitación.

Otro tanto sucede con los demás tipos antiquísimos de poetas, de escultores, de pintores, de médicos, y aun de filósofos y artistas de todo linaje y categoría.

Es que la juventud siempre será para lo restante de la vida un buen tipo, aunque rectificado por la experiencia de los tiempos.

Herófilo, médico de la escuela de Alejandría, que concurrió con

Erasistrato á poner en boga el procedimiento experimental, harto ofuscado anteriormente por nebulosidades dogmáticas.

Esta labor alejandriaca era entonces necesaria, para hacer que pesara algo más lo práctico en la balanza de la justa medida de la labor humana. No por eso ha de inferirse que se puede cargar tanto el platillo, que contrapeso demasiado, arrancando de su quicio lo que procede aparezca siempre á nivel lo más exacto posible.

Heroísmo, del sanscrito *veròs*, hombre esforzado, ilustre.—Cualidad de un acto extraordinario, en el cual se pospone eminentemente, como fin, el bien individual al colectivo y general.

Sacrificio ó sea abdicación del individuo en aras de la divinidad, representada por un mandato moral.

Hervir, del latín *fervere*.—Movimiento que acompaña en un líquido á la producción de calor y que procede del desprendimiento de gases.

El desprendimiento del espíritu en forma de coeficiente indefinido, puede simbolizarse por el de los gases en un líquido que hierve.

Hesiodo, poeta cosmogónico y moral de la Grecia antigua. La poesía y la religión han sido en todas partes las precursoras de la civilización de los pueblos; porque son hijas del sentimiento que llega á su edad adulta mucho antes que la reflexión correlativa.

La reflexión, sin embargo, moderadora del sentimiento, si contribuye á limitar sus vuelos, cuando á fuerza de volar se pierde en las alturas; le robustece en cambio en cuanto se ponen ambos en connivencia más ó menos acentuada. En el caso de disidencia, llegado el momento inexorable,

impuesto por el tiempo; ó bien sucede lo reflexivamente previsto ó lo inspirado al sentimiento, ó bien sucede lo imprevisto, lo que sólo puede atribuirse á una facultad automotriz, irrepresentable en absoluto, representable sólo por el hombre que hace en el acto lo que ya no se puede remediar. De aquí la responsabilidad que recae sobre el actor de un mal, atenuada, más nunca abolida, cuando no median premeditación ni aun sentimiento de lo que se hace.

Híbrido, del griego *hybros*, violencia, injuria.—Lo engendrado entre especies distintas de seres vivos.

Si la especie se refunde en otra superior, la hibridez la enaltece; si en otra inferior, la envilece.

Puede decirse que la filosofía del vulgo es siempre híbrida, en el sentido de proceder de especies superiores, bastardeadas hasta degenerar á veces en monstruosidades.

Afortunadamente estos monstruos viven en una sombra intelectual, que se encarga de esclarecer, con luz prestada, una Providencia bienhechora.

No faltan, además, luminares, híbridos todavía, pero de hibridez tan extremada en el buen sentido providencial, que los permite resplandecer en sitios y momentos dados, contribuyendo á rectificar los rumbos que toma á menudo un sentido común bastardeado.

La ciencia viviente es la Providencia común, y los que la profesan, á sabiendas ó no, son los *órganos* de esta importante función.

Hidalgo, hijo de algo.—Todo lo viviente es hijo de algo; porque algo es precisamente el medio entre todo y nada. Algo positivo, y algo negativo, relacionados entre sí: he aquí el hombre y todo ser viviente.

Pero algo, así puede ser mucho como poco, y cuando se pronuncia hidalgo, no se pronuncia en sentido de lo poco, sino de lo mucho; no de lo pequeño, sino de lo grande; no de lo peor, sino de lo mejor.

Hidrógeno.—Gas que entra en la composición del agua y en la de los seres organizados.

El hidrógeno es la tesis que con la antítesis, oxígeno, hacen el medio adecuado para relacionar los sólidos con los gases.

El oxígeno y el hidrógeno, se cruzan, después de sintetizados entre sí, con otra síntesis, compuesta de los elementos ázoe y carbono, para constituir los principales factores inorgánicos del reino viviente. La planta, como síntesis relativamente positiva, se detiene en el factor carbono; el animal exige, además, el ázoe para representar el coeficiente indefinido.

Hielo, del sanscrito *jal*, condensar.—Agua solidificada en la fase concéntrica de la función de temperatura.

Hielo es el sentimiento inmovilizado por la reflexión.

Hierba, del sanscrito *bharu*.—Democracia del reino vegetal; fertiliza el terreno estéril, y esteriliza el fértil en producciones más valiosas. El animal que mira al suelo, utiliza más la hierba que el fruto maduro del árbol. El hombre que mira al Cielo, utiliza más el fruto maduro que la hierba.

El ave y el mono son, en este sentido, animales que se asemejan al hombre.

Higiene, del griego *hygiainem*, tener buena salud.—Arte de conservar la salud.

Las reglas de la higiene son las generales de hacer el bien, aplicadas al

caso particular del organismo humano.

Hay una forma de higiene, que atiende á la salud del alma, y otra que se propone la salubridad de los pueblos.

Para conservar la salud procede, ante todo, no oponerse á ella con procedimientos intempestivos. La salud es la regla general, que por sí sola se realiza autónomicamente. La experiencia enseña medios para favorecer exteriormente la Providencia interior.

Hijo, del latín *filius*.—Producto de la fecundación de la madre, representante de lo definido, por el padre, representante, á su vez, de lo indefinido.

La madre—espacio, absorbe del tiempo; ó el padre—tiempo, proyecta en el espacio, el espíritu fecundante; y así nace el hijo que viene á ser explosión pasajera del orden cósmico.

La función explosiva comienza por constituir un vegetal, dentro del cual estallan explosiones consecutivas, indefinidamente reproducidas.

Hilozoísmo, del griego *hyle*, materia, y *zôem*, vivir.—Sistema que considera la vida como una propiedad de la materia primitiva, ó que atribuye á la materia una vida primaria que le es inherente.

Muchos son los sabios, y hasta fisiólogos y médicos, que profesan este sistema; muchos también entre los no llamados sabios, que le adoptan como moneda corriente y por inspiración errónea de la parte que les toca del sentido común.

Tal concepto se hace compatible con el animismo más exagerado, con sólo suponer en el hombre un alma, divorciada por completo del cuerpo en que reside.

Hay que meditar un poco, para persuadirse del absurdo en que se incurre al concebir una materia eterna, y el *circulo vicioso* en que se cae al concebir vida inherente á la materia.

Materia eterna es materia sin tiempo, absoluta, no relacionada con otra cosa; polo abstracto, violentamente arrancado al otro polo, que necesariamente se supone al decir que es un polo; imposible que reemplaza á lo posible; contradicción absoluta; absurdo.

Vida inherente á la materia supone ya dos cosas: vida y materia; pero sin relación que las distinga en un sentido y las identifique en otro. En lugar de relación hay aquí una *identificación* duplicada, que pretende explicar la vida por la materia, y la materia por la vida; se echa de menos la distinción fundamental que, tomando por tesis la materia (lo definido), le contraponen lo indefinido, y entre ambos polos concibe la vida, que comprende todo lo posible dentro de los ámbitos del pensamiento humano.

Himalaya, del sanscrito *hime*, suaves, y *alaya*, morada.—Al Himalaya se refiere el principio de la civilización india, así como el de la semítica al Cáucaso, y al nacimiento del Eufrates. ¿Será porque las altas montañas sean las que primero hayan sido habitables en el mundo, ó porque *lo más alto* haya llamado la atención de los pueblos primitivos moviéndolos á considerarlo como su patria primitiva?

También es posible que los pueblos se hayan figurado tener un origen común con el de los grandes ríos.

El hecho es que los países colindantes con más grandes alturas, son históricamente los primitivos. Es fá-

cil que los diluvios, ó grandes inundaciones, hayan cubierto las demás tierras en épocas remotas.

De todas suertes, reproducese aquí un caso más de la prodigiosa intervención de las alturas en todo orden humano. Bajo Dios, última altura religiosa, participa toda altura de su soberana majestad; y toda altura cósmica es lanzada vertiginosamente en el mundo ideal hacia la *altura indefinida*.

Himeneo, del griego *hymenacos* dios de las bodas.—Consortio legal, en cuya virtud se ponen frente á frente los sexos para determinar la generación.

Unidos aparecen por lazos conyugales la tierra y el agua, el agua y el aire; pero el himeneo fecundo, es el que resulta de la contraposición de todo lo contenido en el espacio, de todo lo en él definido, con lo indefinido. Esta contraposición, inconcebible en absoluto, se concibe en relación, que niega á cada *parte* el derecho á serlo *todo*; para darle, en cambio, el de ser lo que debe y puede ser: 1.º la parte realizada, naturaleza exterior madre común de todo lo que nace, 2.º lo indefinido ó no realizado, padre universal, y 3.º la función común, parte, á su vez, de ambos extremos, sér viviente.

Hiparco, filósofo de la escuela de Alejandría, que contribuyó con otros muchos á cambiar de dirección el curso de la Filosofía, encaminándola en sentido experimental externo.

Oportuna fué entonces tal innovación, por más que un progreso incessante en ella pudiera traer un desnivel con los elementos, correlativos; con la experiencia objetiva, y no-

menos necesitados que ella de progreso á su manera.

Verdad es que la Humanidad halla tantas, y aun más, dificultades para progresar en todo, como las hallaría un estudiante que se empeñara en hacer progresos simultáneos *in omni re scibile*.

Hipérbola, del griego *hypér*, más allá, y *bállein*, arrojar.—Doble curva que resulta del corte paralelo al eje de dos conos opuestos por los vértices.

Entre las curvas de la vida, la hipérbola representa la que lleva á los extremos imposibles, á los polos de la función que encierran todo lo posible.

La parábola, con principio definido y con fin relativamente indefinido, representa el curso de la vida individual.

La elipse, y en general toda curva cerrada, representan las síntesis momentáneas, relacionadas con la curva abierta de cada vida.

El círculo es la síntesis más perfecta, el tipo del bien, á que deben aproximarse las síntesis instantáneas del sentimiento en el curso de la vida.

La elipse no relacionada en un punto de su trayecto con una curva abierta, representa la mecánica celeste. La hélice, simbolismo curvilíneo cerrado y abierto, simultánea y continuamente, representa la vida en su dirección relativamente rectilínea desde lo definido, á lo indefinido.

Hipócrates, médico insigne, á quien se ha considerado siempre como fundador de la Medicina.—Perteneciente á la familia de los Asclepiades, sacerdotes del templo de Esculapio, supo aprovechar las tradiciones de sus antepasados y les agregó los frutos de su genio prodigioso. Escribió obras inmortales, y en todas

ellas demostró dotes excepcionales, para encaminar la práctica con excelente *buen sentido*, y aprovechar con prudencia consumada las enseñanzas teóricas de su tiempo.

Los *sanatorios místicos* de la antigua Grecia, llamados templos de Esculapio, reunían, á las más excelentes condiciones higiénicas, el beneficio clínico de conservar las tablas votivas, donde se escribía brevemente la historia de los enfermos asistidos; y sobre todo, añadían á esto, la enorme influencia moral que se procuraba con oraciones y esperanzas sugeridas de un auxilio divino.

Hipócrita, del griego *hipócrites*, cómico.—Si hipócrita es cómico, todos somos hipócritas, porque todos somos cómicos; todos representamos la comedia de la vida.

Mas en medio de la analogía, entre cómico é hipócrita, hay una distinción importante. El cómico no quiere engañar; el hipócrita sí. El primero, disfraza lo real para embellecerlo idealizando; el hipócrita oculta sus vicios para disfrazarse de virtuoso.

Hipóstasis, del griego *hypó*, debajo, y *stásis*, estar.—En sentido religioso se usa esta palabra para significar encarnación *divina, única, sustancial*. Suponer la sustancia única en absoluto, y en absoluto múltiple, es suponer la contradicción, es formular un símbolo de lo incomprensible para la inteligencia humana.

Lógicamente procede la religión al encerrarse en este sublime santuario de la fe; mas no procede menos lógicamente la ciencia, estudiando sus dominios, para fijar el límite que le está vedado traspasar. Es esta linde un campo neutral, donde la religión y la ciencia confiesan *no saber* en absoluto.

y se reservan el *crear* cada cual á su manera.

Fija la ciencia en esta linde, y guardándose de invadir lo que no le pertenece, no halla en parte alguna sustancias absolutas, y sólo tropieza con sustancias relativas.

Desde este punto de vista lo resume todo la ciencia viviente en la función, no de dos sustancias, sino de estancia y de *sustancia* correlativa, cuyo juego recíproco origina todo linaje de relaciones, limitativas en la práctica de la absoluta incommunicación teórica entre la estancia y la inestancia.

Hipoteca, del griego *hipó*, bajo; y *tithesthai*, poner.—Operación hecha á crédito (creencia), en la suposición (hipótesis), de reintegro.

Las hipotecas de una buena religión son: la moral humana y la necesidad de una intervención divina. El crédito concedido á estas hipotecas, necesarias, la una (divina) teórica, y la otra (humana) práctica, moral; es el que justifica la operación teórico-práctica de la moralidad en los dos sentidos, humano y divino.

Hipotenusa, del griego *hypó*, debajo, y *teinein*, tender.—Línea que cierra el triángulo rectángulo. La ley de su relación con los catetos es un caso de la ley del cuadrado, que rige en todo la naturaleza inorgánica, y aun simboliza la función viviente á la manera que puede simbolizarla lo inorgánico.

La relación simétrica de dos líneas rectas, se hace inclinándose una y otra hasta formar ángulo recto. Por debajo del ángulo corre la hipotenusa, y por debajo de la hipotenusa se agrega otro triángulo rectángulo. He aquí el máximo de la simetría entre las rectas y el tipo de la simetría lineal en la Naturaleza.

El cuadrángulo superficial es base de cubicación y de elevación á potencias, como la calidad en general es base de tres grados, y la vida de tres formas (vegetativa, animal y humana).

La antisíntesis del triángulo básico es: en lo cualitativo, el sujeto, y en lo viviente el primer escalón de la serie de funciones viviente.

En una palabra, la hipotenusa, cerrando el triángulo, símbolo del estado inorgánico, es en el orgánico curva abierta, que permite la transacción serial entre lo definido y lo indefinido que llamamos función viviente.

Hipótesis, del griego *hypó*, debajo, y *thesis*, lo que está.—Lo que puede ser; lo posible en general y en particular.

Posible en general es todo lo comprendido como término medio de la relación fundamental: todo en absoluto, con nada en absoluto.

Lo comprendido entre dos polos ideales sentidos como negación de lo posible, es afirmación de lo posible en la vida hipotética (teoría), que recibe en la práctica la *confirmación* correlativa.

Lo posible en general, *realizado en particular pasivamente*, es el mundo inorgánico.

Lo posible en *general*, realizándose en *particular* activamente en correlación con lo pasivo, es un ser viviente.

En la función de vivir el pensamiento, se conciben leyes de hipotética aplicación á la experiencia y á los fenómenos correlativos.

La *hipótesis*, la pasibilidad en *general*, es tan necesaria, como innecesarias ó contingentes son correlativamente las hipótesis *particulares*.

Lo que puede ser en particular, nadie lo sabe mientras no llega á ser; pero se prevé mediante la posibili-

dad suministrada por la experiencia.

Semejante previsión no llega nunca á ser una *ley lógica*, por más que realice la posibilidad lógica con hechos nunca desmentidos, y mucho menos, si la realiza solamente por mayoría numérica.

Aun pueden servir menos las hipótesis de hechos particulares, para explicar otros hechos en el sentido de darles una ley. Sólo les darán otros hechos, relacionados con los primeros y necesitados también de ley.

La ley se hace en el pensamiento. Los hechos la robustecen; mas por robusto que sea el cuerpo que le dan, nunca suplanta el cuerpo á la ley, que es hecha en el pensamiento.

Las hipótesis de hechos particulares para explicar otros hechos, pueden, sí, explicarlos parcialmente, si tales hechos se llegan á comprobar; pero aun entonces subsistirá la posibilidad de otros hechos, parcialmente explicativos, y la necesidad de que todos reconozcan como explicación fundamental la posibilidad genérica, elemento generativo común á que obedecen sin excepción los fenómenos del Universo.

Hipótesis sistemática.—En la estructura del pensamiento, simbolizada geoméricamente, la tesis es la línea recta; la antítesis, la paralela; la síntesis, el círculo vicioso entre las dos, y la hipótesis, la posibilidad de encontrar una salida del círculo vicioso.

Relacionados estos cuatro elementos, hacen la vida, tal como puede aparecer *evidente* en un pensamiento fijo, actual, presente.

Así se contesta á los cinco puntos de la suspensión de los escépticos.

Pero, sin relación, los cuatro elementos antedichos, aislados, absolu-

tos, originan otros tantos sistemas falsos: la tesis, el materialismo; la antítesis, el idealismo; la síntesis, el misticismo; la hipótesis, el escepticismo.

El eclecticismo es el que usurpa sus derechos al sistema viviente, *agregando* elementos dislocados sin relacionarlos entre sí.

El escepticismo fluctúa, sin rumbo fijo, desechando las hipótesis y las aspiraciones á relacionar convenientemente los sistemas: rectilíneo, paralelo y fusionista (sustancialismos).

En Física y en Química se forjan hipótesis particulares para explicarlo todo; en lugar de apelar, como es preciso hacerlo en último extremo, á la hipótesis en general que realiza el ser viviente. No se cae en la cuenta de que toda hipótesis particular, aun llegando á realizarse, ha de ser, como queda dicho, un hecho, necesitado, á su vez, de ser comprendido en una función superior. Un fluido, ó una serie de vibraciones, serían insuficientes para explicar los hechos luminosos, caloríficos, etcétera, porque necesitarían ellos mismos ulterior explicación. Pueden, sí, encontrarse leyes experimentales más comprensivas, respecto de otras que lo sean menos; pero cuando no se encuentren, procede confesar francamente la ignorancia necesaria de la última causa objetiva, y convenir en que, más ó menos, todo *sucede* porque es posible *cualquier suceso* particular, relacionándose sólo necesariamente con lo general, formulado, ó formulable como ley: práctica, en la experiencia externa é interna, y teórica en el pensamiento, tipo original de la ley, ya se la considere pura, ya en relación con la libertad de constituir la el pensamiento mismo.

Hipotiposis.—Así llamaban los escépticos su crítica, aplicada á las diversas cuestiones que sugieren las lucubraciones científicas.

Agrippa resumió la doctrina escéptica, formulándola en cinco objeciones (los cinco modos de suspensión de la voluntad), que en resumen son:

1.º Puede el filósofo fundarse en un principio, para probar alguna cosa; pero se le exigirá la prueba de ese principio.

2.º Si pretende dar la prueba sacándola de lo sensible para lo inteligible y viceversa, incurrirá en *círculo vicioso*.

3.º Si *supone* una verdad, admitida sin demostración, para demostrar todas las demás; comienza por la hipótesis, que es, precisamente, la más necesitada de demostración.

4.º Puede apelar á la evidencia, que proporciona á cada uno su conciencia personal; pero esta evidencia no es siempre uniforme, y sólo tiene por garantía al sujeto que la siente.

5.º En fin, ningún procedimiento se exime de la *relación*, en que se hallan entre sí los elementos del pensamiento y de las cosas pensadas.

Respuestas del pensamiento viviente á las objeciones escépticas.

Las acepto todas y las hago mías, especialmente *la necesidad de relación*, añadiendo que esta relación ha de ser no sólo teórica, sino práctica.

Sólo modifico la segunda, porque mi círculo no es vicioso: tiene por límites las tangentes de lo absoluto en sus dos sentidos positivo y negativo, que constituyen precisamente los polos de la vida.

Hipotiposis pyrrónicas.—Libro de Enesidemo consagrado á combatir la Ciencia con el criterio escéptico.

En muy diversos sentidos se ha ejercitado, así en la antigüedad como en épocas posteriores, el criterio escéptico.

Semejante criterio figura como condición común á todos los criterios, de lindar con lo absoluto sin caer nunca dentro de su dominio. Un átomo de duda, no puede faltar jamás en correlación con la creencia. Mas, desde aquí hasta invadirlo todo, hay distancia inmensa, en la cual se encuentran puntos de parada, muy variables según las circunstancias.

Hippias, sofista, que sostenía contra Sócrates la inexistencia de *leyes no escritas*. Para él la virtud de la ley empezaba cuando se la escribe en el papel, no cuando aparece escrita en el pensamiento.

La justicia humana se atiene, efectivamente, á los textos consignados en los códigos; pero la divina representada por el hombre (ley moral), todo el mundo sabe que la tiene en su conciencia y la domina, con imperio superior al del legislador social, que dicta la ley á las colectividades humanas.

Historia, del griego *hístōr*, testigo, ó *hístis*, tejido.—Consignación de hechos con ó sin lógica aplicada á los mismos (crítica histórica).

Buena es la historia fiel de los hechos, aun en ausencia de toda crítica; mas sobre todo, es buena por los servicios que puede prestar á la crítica para el régimen de la vida.

La historia ha de ser propia ó ajena. La propia es la experiencia de cada individuo, la vida práctica, que el hombre mira constantemente en el espejo de sus teorías. La historia ajena es la que sugieren las colectividades individuales al criterio de cada cual.